



# La sombra del eunuco Jaume Cabré



DESTINO

# La sombra del eunuco

Jaume  
Cabré

Premio  
Ciutat de Barcelona 1997

Premio  
de la Crítica Serra d'Or 1997

Lletra d'Or 1997

Traducción  
de Concha Cardeñoso  
Sáenz de Miera

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1352

Título original: *L'ombra de l'eunuc*

© Jaume Cabré, 1996, 2010, 2015

Publicado por acuerdo con Cristina Mora Literary & Film Agency SL  
(Barcelona)

© Editorial Planeta, S. A. (2015)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2015

© de la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2015

ISBN: 978-84-233-4995-1

Depósito legal: B. 21.051-2015

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien  
libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión  
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,  
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción  
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito  
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

Mucho tiempo después de todo, sentado frente a los ojos negros y la piel perfecta de Júlia, me pregunté en qué preciso momento se me había empezado a agrietar la vida. La pregunta me pilló desprevenido y enseguida se me ocurrió pensar en qué estaría pensando ella. La miré con disimulo: estaba concentrada en la carta, seguía indecisa entre el filete y el entrecot. De una sola ojeada me di cuenta de que la decoración del restaurante era particularmente abominable. ¿En qué momento se estropearon las cosas? Tal vez todo empezó hace muchos años, aquel viernes lluvioso de otoño en que, superada mi desorientación civil, después de comer, llamaron a la puerta y fue a abrir mi padre, cosa que no hacía nunca. Como si estuviera esperando la llamada. Después lo reconstruimos entre todos: se quedó hablando con alguien (no sabíamos quién era), de pie, en la escalinata. Al parecer nos dijo, o se lo dijo a las paredes, que salía un momento, y nunca más volvimos a verlo. Llovía y había salido a la calle en zapatillas y en mangas de camisa. Más tarde tuve ocasión de desesperarme por no haber comprendido que la llamada era importante; porque los pocos momentos clave de la vida se nos pasan inadvertidamente y después gastamos el resto de nuestra desesperada existencia intentando recuperarlos en vano. Yo vivía en casa porque hacía poco que me había separado de Gemma.

Mi vida está llena de momentos clave que se me escurren entre las manos como un pez mientras pierdo el

tiempo frente al televisor o resuelvo un enigma de un crucigrama. Cuántas veces me habré despertado porque no puedo quitarme de la cabeza la sonrisa de Teresa a la puerta del Ritz. Es un recuerdo que no acierto a arrancarme de la cabeza y que todavía me hace llorar como la fiebre. Teresa me sonrió frente a la fachada iluminadísima del hotel; y yo, unos pasos más atrás, en la sombra, parado, respirando pesadamente. Y ella dio media vuelta sin dejar de sonreír, porque yo estaba callado como un muñeco de feria. No, ahora no quería pensar en eso. Tenía que concentrarme en la carta y en la decisión tajante de Júlia: carne, pero ¿cuál?, y decídete de una vez, que tengo hambre. Pero es que Teresa no perdía la sonrisa a la puerta del Ritz, en Piccadilly. En fin, que me puse a mirar la carta: era de estilo dulzón con pretensiones literarias, de las que, más que describir los platos, los canonizan. Y Júlia, y sus ojos negros y su voz de terciopelo, me atrae como un pozo sin fondo, pero no me veo capaz de amarla porque estoy muy cansado.

Lo cierto es que todo había empezado hacía unas pocas horas, cuando Júlia me propuso ir a cenar porque, según dijo, sólo yo podía ayudarla. O no: todo había estallado por la mañana, en pleno entierro, en el cementerio. Llevo dándole vueltas a la vida desde ese momento. Estaba yo un poco alejado del grupo de familiares perplejos ante una muerte inesperada, escudado tras unas gafas oscuras. Aun así, Rovira me reconoció y se me pegó. Y después, medio paquete de Camel de confidencias. Allí, en el cementerio, antes de que se me anexara Rovira, comprendí, casi como una epifanía, que nunca tendría valor para desmentir la versión oficial que presentaba la muerte de Bolós como un accidente lamentable e inexplicable. Yo era el único que sabía que en el contestador de casa había un enigmático «Soy Franklin, Simón: alguien nos está siguiendo», grabado el miércoles por la tarde. Después llegó el jueves con sus noticias, y el viernes, al volver

del cementerio, la llamada de Júlia: me proponía cenar juntos.

El agradable airecillo del cementerio me recordó a otro aire más cálido, pero impregnado de temor, en las montañas de Qurnat al-Sawda. Y, a pesar de mi supuesta etapa heroica, acepté casi sin luchar que ahora tenía que guarecerme tras unas gafas oscuras y hacerme el despistado y decir sí, sí, un accidente absurdo y lamentable. Y largarme antes que me desarmara una mirada inquisitiva de Maria. Y Júlia al teléfono.

—A ver: ¿Qué condición?

—Que me dejes elegir el sitio —dijo Júlia.

Y pensé que me daba igual; también estoy solo, desanimado, descolocado, con Bolós en la cabeza y el miedo en el cuerpo. ¡Qué cobarde soy! Ni la mirada de Maria pude resistir en el cementerio.

—Muy bien, acepto. ¿Dónde quieres llevarme?

—Sorpresa... Es un restaurante muy agradable que han inaugurado hace poco. Tenemos que hablar de muchísimas cosas, Miquel.

—¿De qué?

—De todo. De Bolós. Tengo que escribir el artículo sobre él.

—¿El artículo?

—¿No te lo ha dicho Duran? Un dossier de homenaje.

—Dejad en paz a Bolós.

—¿Qué pasa? ¿No te parece bien?

—Fantástico. —Y, echándole fantasía—: En serio, oye. Nunca he sabido disimular y Júlia lo captó enseguida.

—No te parece bien.

—Que sí, mujer. Pero ¿qué sabes tú de Bolós?

Ahora fue Júlia quien se quedó sin palabras, y me pareció raro; ella tampoco sabía disimular muy bien.

—Bueno, me he metido en hemerotecas y cosas así, ¿no? —Silencio incómodo para ella y para mí—. Pero me falta información de cuando era más joven, y tú...

—carraspeó—, ¿eh? —Y para que me decidiera de una vez—: Es un restaurante muy bonito, hacen una carne riquísima y necesitas distraerte.

Los argumentos eran contundentes y contesté perfecto, todo tuyo. Sería una forma de no quedarme tirado en el sofá, a oscuras, pensando en Teresa, en Bolós, en mí, en Teresa y en el miedo que me daba la llamada de la voz ronca, que me amenazaba con un castigo terrible, como si no supiera que el peor castigo es tener que acordarme toda la vida de la toalla mojada y de la bombilla de veinticinco. Y de Teresa.

Júlia vino a buscarme a las ocho y, en vez de subir al coche, tendió la mano con una sonrisa de complicidad: quería las llaves. Quería llevar al extremo el juego de la sorpresa. Y, como una sonrisa de mujer siempre me desarma, le confié las llaves y la vida; también con una sonrisa, pero de desconfianza, porque soy un copiloto desastroso de verdad. Además, sé que Júlia es una conductora nostálgica y apasionada que no para de gesticular, se olvida del volante, le rascan las marchas, suspira y muy de vez en cuando, casi con desgana, se fija en la circulación. Es decir, que me dispuse a sufrir un rato, que resultó muy largo, porque, al parecer, ese restaurante tan agradable se encontraba fuera de Barcelona. El tráfico estaba pasable en la salida de la Meridiana y los cambios de carril repentinos y gratuitos, casi poéticos, que suele hacer Júlia me encogían el estómago. Al menos esta chica me despejaba la cabeza de pensamientos tristes.

—¿No quieres decirme adónde vamos?

—No. Tú sólo paga la cuenta.

—Si es de trabajo, se lo paso a Duran.

—No te hará caso.

—Ya veremos.

Me puso la mano en la rodilla y allí la dejó. ¿Yo... con Júlia?

Entramos en la autopista de Feixes a codazos, entre el denso tráfico que huía de Barcelona. Enternecido por la dulce expresión de Júlia, supongo que debía de tener cara

de estúpido, mirando al frente la raya discontinua que ella pisaba una y otra vez para sentirse más segura.

—Estoy desanimado.

—Yo también.

—¡Menudo par de dos!

—La cena es un homenaje a Josep Maria.

—¿Qué Josep Maria?

—Bolós. —Y, con un cambio de tono estudiadísimo—: ¡Es increíble cómo conduce la gente! ¿Te has fijado?

—Bolós era mi amigo del alma —insistí—. ¿Y si te pones en tu carril?

—¡Vaya, Miquel! No empieces, ¿eh?

Nos callamos y me puse a mirar el lecho del río Ripoll, que me hacía de paisaje, y, por unos momentos, quise olvidar que Júlia solía conducir en contra de la carretera.

—¿Sabes que me estás llevando a mi casa? —Lo dije sobre todo por romper el silencio, que ya duraba cuatro kilómetros y medio.

—¡Anda! ¿No eres de Barcelona?

—No. Vivo en Barcelona, pero soy de Feixes de toda la vida.

—¡Vaya!

Ochocientos metros más de silencio.

—Lo que son las cosas.

Le pellizqué la mejilla, carantoña que provocó un cambio brusco de carril.

—Bueno, tampoco es una desgracia no ser de Barcelona.

—Si tú lo dices... Tiene que ser difícil.

—Por lo general, se supera con éxito.

Sabadell nos quedaba a la derecha, y nosotros, con la vista al frente.

—¿Eres de Feixes por parte de padre o por parte de madre?

—De padre, de abuelos y abuelas, de bisabuelos y bisabuelas. Mi familia paterna se hunde siglos y siglos en la historia más remota de Feixes.



—¡Vaya!

—¿Qué?

—Que ¡vaya!

—Ya. Si eres capaz de asimilarlo, un día te enseño el árbol genealógico. Tengo uno muy bien hecho. Éramos una familia con pasado y con conciencia de tenerlo.

—¿Erais?

—Éramos.

—Igual que la mía. Sólo conocí a un abuelo, y gracias.

—Yo tuve abuelo hasta hace unos años; bueno, un tío abuelo. Mi tío Maurici. Era muy particular.

—¿Por?

—Porque sí. Tenía cien mil años, una memoria de elefante y estaba como una cabra. —La miré de reojo, a ver si le interesaba lo que le contaba—. Era la oveja negra.

—Y había estado en América y tal, ¿no?

—No. Lo odiaba todo el mundo.

—¿Tú también?

—No, yo no.

Me miró por el rabillo del ojo mientras se dirigía a la bifurcación de salida de la autopista sin poner el intermitente.

—¿Me lo vas a presentar? —preguntó, sin reparar en que el de delante frenaba.

—Está muerto. —Frenamos a tiempo, cuando se me empezaba a encoger el estómago—. No corras tanto.

—¿Qué?

—Que todo lo que sé de mi familia es porque él guardaba todos los papeles del mundo. Lo sabía todo.

—¿Todo?

—Sí, mujer. En todas las familias siempre hay uno que se acuerda de todo, ¿no?

—En la mía no. No sé si somos familia siquiera. —Y cuando entramos en el callejón, añadió—: Supongo que se podrá torcer por aquí.

—Hombre... Hay una señal de dirección prohibida, aunque eso a ti te da igual.

—¡Vaya! ¿Dónde está la señal?

—La hemos pasado. —Lo dije con un hilo de voz, antes de recuperar el aliento—. Tranquila, ahora es de dos direcciones otra vez.

—Ya tengo hambre, ¿sabes? —Dudó ante un semáforo en rojo, pero por fin se detuvo y la aplaudí moralmente con fervor y entusiasmo—. Ya casi estamos, si no me pierdo.

No aproveché el momento para contarle que mi tío Maurici había pasado el último año en el manicomio, ni que lo quería a pesar de todo, ni que era la única persona de la familia, aparte de mi madre, con la que había tenido largas y pausadas conversaciones. No sabía si alguna vez podría contarle esas cosas a Júlía.

Cuando quise darme cuenta de lo que pasaba, Júlía estaba aparcando de oído en la explanada del restaurante. Estaba tan liada, sacando la lengua y procurando darle al coche de delante lo más suavemente posible, que no se fijó en lo callado que me quedaba.

—¿Esto es el restaurante?

—¡Ajá! —Suspiro de alivio—. ¿Qué te ha parecido?

—Aparcadora excepcional. ¿Esto es el restaurante?

—Te he dicho que sí.

Preferí callarme. Me temblaban las piernas al bajar del coche. Todavía había bastante luz a esa hora en esos días de verano. Sin poder evitarlo, me fijé en el madroño; había crecido mucho y lo tenían peinadoísimo. Me acerqué, pero no logré oír las palabras que tío Maurici me había dedicado en su última y larga carta. El reloj de sol estaba en la pared del rosal, inútil, sin sol, sin rosal, y una hilacha de viento que se había quedado prisionera entre los abedules los movía dulcemente. Parecía que todo estaba en su sitio.

—¿Qué me dices? —Júlía señalaba el edificio con el brazo estirado, como si enseñara una lubina recién pescada.

¿Qué podía decirle? Mi querida Júlia me había llevado precisamente a mi casa, a *can* Gensana,<sup>1</sup> la casa en la que nací, lloré y soñé. La casa de la que me fui cuando llegó el momento. Hacía unos años que habían informado a mi madre, sin previo aviso, de que tenía que dejarla, que ya no era suya, y nos volvimos todos un poco locos, porque, por si fuera poco que mi padre se hubiera ido en zapatillas dejándonos dueños y señores de deudas, impagos y rencores, nos quedábamos de pronto sin recuerdos, también. Y entonces fue cuando tío Maurici se encaramó al rosal. *Can* Gensana, mil setecientos noventa y nueve, mil novecientos noventa y cinco. Nos faltó muy poco para llegar a los dos siglos de vida documentada. Salgo como Martín el Humano. Aquí reposa *can* Gensana, convertida, por mi desidia, en un restaurante grotesco que, para mayor ignominia, se llama El Roure Vermell,<sup>2</sup> con letras de diseño.

—Toma, Miquel, las llaves.

—¿Qué? —Con esfuerzo, volví de mi ensoñación y la seguí.

Tres escalones, rellano y dos escalones más. Unos adhesivos de Visa, MasterCard y American Express pegados en los cristales de la entrada lo hacía todo mucho más penoso. Un hombre con sonrisa de maître surgió de la nada y me dio la bienvenida a mi casa.

—Hemos reservado una mesa —dijo ella, como si fuera de la casa.

—¡Que no...! —la corregí, alarmado.

—Que sí... —armada de paciencia y pedagogía, con la sonrisa que me desarmaba. Y al maître—: A nombre de Miquel Gensana.

Me guiñó un ojo: siempre atenta a los detalles prácticos. Y, por un momento, a pesar de estar donde estába-

1. Casa de, abreviación muy corriente en catalán. [En adelante todas las notas son de la traductora.]

2. El Roble Rojo.

mos, pensé por qué no te dedicas a quererla y tarará que te vi. Pero es tan difícil, teniendo la cabeza tan llena de cosas; empezando por Teresa, sí, claro, pero también con esa sensación de cobardía y de miedo que me había avivado y desencadenado la llamada de la voz ronca.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta esto?

Me comí la respuesta porque el maître hizo una seña enérgica indicando que iniciaba la expedición hacia nuestro sitio. Mientras lo seguíamos, haciendo eslabon entre las mesas, vacías todavía, que habían instalado en mi sala, en mi comedor y, ¡ay!, en la biblioteca, todo obscenamente comunicado, Júlia me dijo al oído, y noté su aliento estimulante, que había pedido un rincón mágico, Miquel: al lado de una fuente que hace un ruidito delicioso.

Era un insulto grave que se les hubiera ocurrido instalar un surtidor lamentable en el rincón de la biblioteca en el que siempre había estado el piano de tío Maurici, al lado de los libros antiguos de mi bisabuelo Maur, el poeta. Cuando me disponía a injuriar al maître por todo lo alto, me distraje, porque le vi retirar la silla de Júlia con muchísima educación y hacerle una breve reverencia, y prescindir de mí olímpicamente. A continuación se fue... a buscar refuerzos, casi seguro. No me dio tiempo.

—No te gusta este sitio, ¿eh, Miquel?

—Ya lo creo que sí.

—Es que se te ha puesto una cara... La carta es divina.

—Entonces habrá que probarla.

Y nos pusimos a estudiar la carta, ella, con un interés que valía por el de los dos, porque yo no tardé en despistarme con el roble del logo del restaurante, frondoso, con ambición de imitar los grabados antiguos. Me recordó al gran roble genealógico de la familia Gensana, en el regazo de abuela Amèlia, en casa, en las rodillas de tío Maurici, en el manicomio, y él, todavía con mano firme, señalándome el sitio correspondiente a tía Carlota, su verdadera madre, la que había vivido una historia muy

romántica; o a bisabuelo Maur, el poeta. O a tatarabuela Josefina... Y su promesa de confeccionar el Verdadero y Desconocido Árbol Genealógico de la Familia.

—Está muy bien esta carta, ¿verdad?

—Sí... —Eché un vistazo a los platos—. Veo que hay un poco de todo.

—Carne.

—¿Qué?

—Aquí es obligatorio comer carne.

Yo no recordaba que en mi casa fuera obligatorio comer nada, como si fuéramos judíos o estuviéramos en viernes de cuaresma cristiana. Por eso se me escapó una sonrisa difícil de entender. Ella se lo tomó como reticencia de mal gourmet y levantó un dedo con severidad:

—Carne.

—Carne, de acuerdo.

Por lo que se deducía de la carta, los idiotas del restaurante querían convertirlo en un establecimiento de moda para gente in, como Júlia y sus insoportables amigos, por ejemplo. A pesar del nombre estúpido que tenía.

Y yo, la víctima, ¿qué podía hacer sino dejar que desfilaran ante mí todos los recuerdos? Qué podía hacer, sino pensar ah, si la vida fuera distinta, si se nos permitiera predecir más allá de los actos y las decisiones, si pudiéramos repetir la jugada, darle al replay en ralentí y analizar en qué momento nos equivocamos, dónde empezó a torcerse la cosa... Tal vez la lucidez estricta sería un tormento inaceptable. O una plataforma hacia el cinismo.

—A lo mejor es preferible no ver más allá de las narices.

—¿Qué? —Júlia me miró como si me hubiera vuelto loco.

—Perdona... Es que...

—Ya... —Bajó la mirada; volvió a mirarme. Júlia tiene unos ojos muy bonitos—: ¿Te encuentras mal?

—Me encuentro perfectamente —fantaseé, mientras me esculpía en la cara, a bofetones, una sonrisa displicente.

Júlia me observaba con preocupación. Iba a decir algo, pero prefirió callarse. Me vino bien, porque en ese momento se me había metido en la cabeza el hilo que me llevaba a la muerte de Bolós, y era imposible saber en qué instante tendría que haber actuado de otra forma para no encontrarme ahora con una muerte encima, y pensé en lo que pensaba en el cementerio y en la expresión desolada de Maria, la viuda de Bolós, y en la sensación de asco que me daba yo mismo, hasta que se me acercó Rovira y nos pusimos a hablar de otras mil cosas. Pero la mala conciencia por mi cobardía seguía ahí, porque yo sí que sabía, yo sé de qué había muerto Bolós. Seguramente sólo lo sabemos el asesino y yo. Y es posible que también se lo imagine Ojos Azules. Y yo escondido detrás de las gafas oscuras hasta que llegó Rovira y me hizo hablar de mujeres, que es el único tema de conversación que tiene desde que colgó la sotana, hace cien años.

—Voy a pedir filet mignon —sentenció Júlia, dejándose por imposible. Parecía satisfecha de su decisión—. ¿Y tú?

Yo, en esos momentos, llegaba a la conclusión de que, en los cuarenta y ocho años que llevaba de vida, no había conseguido librarme ni por asomo de no sé qué mala conciencia institucional y crónica. Sin contar con la toalla mojada y la bombilla de veinticinco. Me había pasado la vida empezando y terminando etapas y el saldo negativo siempre se lo llevaba mi alma. Y hacía siglos que no creía en Dios.

—Y ahora quieres que te cuente cosas de Bolós.

—Sí, pero primero la carta.

—¿Tienes prisa?

—No, ni pizca.

—Pero es que hablar de Bolós es hablar de mí.

—Bien. De la época en que mejor os llevabais.

Miré la carta con desánimo. ¿Podía contarle a Júlia todas esas cosas?

—No tengo ánimos.

Júlia me miró como si fuera a regañarme, y me asusté, porque no hay nada que me dé más miedo que una mujer enfadada.

—¡Elige un buen plato de carne de una vez! —Y mucho más ofendida—: Yo tampoco tengo ánimos y me aguanto.

—Tú no eras amiga de Bolós.

Dejó la carta en la mesa y me miró con una mirada de carbón.

—¿Puedes cenar conmigo? ¿Puedes ayudarme a hacer el artículo sobre tu amigo?

—Claro. Es que...

—¡Claro. Es que!... —Ahora era la Júlia del trabajo, nacida para mandar, pero relegada a una categoría inferior—. Me ha costado lo mío pensar en un sitio chupi, he reservado mesa, he hecho un hueco en la agenda...

No tenía ni idea de que la cosa fuera tan grave. Es decir, me puse a leer la carta a conciencia, como un niño que sabe que la maestra está a punto de aplastarlo con la mirada. Júlia no decía nada, me parece que incluso estaba irritada por mi falta de energía.

—Voy a pedir bacalao.

—Pero... —una protesta de santo enfado, parecía Juana de Arco— ¡si te acabo de decir que aquí lo bueno es la carne!

—Pues carne. Eso, ¡carne! —Y lo repetí con una sonrisa dedicada al maître, que acababa de reaparecer hacía un segundo de debajo de una baldosa, con la libreta preparada y una mueca de desconfianza íntegramente dirigida a mí.

—¿Qué carne, señor?

—No sé... —Al azar—. Ésta, la de las dos salsas. ¿Ha tomado nota de lo que quiere la señorita?

—Sí, señor. Hace un buen rato.

El comentario me pareció insoportable.

La negociación fue difícil, pero conseguimos apañar un menú razonable y, sobre todo, a gusto de Júlia. Cuando

el maître, después de anotar las precisiones (poco hecho, sin sal, la ensalada a la Montpensier sin nada de cebolla), se fue con su libreta, que, no sé por qué, pero me recordó a un formulario de multas, los ojos de Júlia me asaltaron:

—A ver, ¿en qué estás pensando? ¿Me lo cuentas?

—¡Un hueco en la agenda! ¡Pero qué fantasma eres!

—Vamos, no disimules. ¿En qué estás pensando?

Como tenía muchas ganas de llorar, me eché a reír. Y le di un pellizco en la mejilla cruzando el desierto de la mesa. Júlia, lista, enérgica, con la mirada y el pelo como el carbón, la piel tierna, joven, insultantemente joven; mi gran desconocida, porque nunca habíamos hablado a fondo de nada; seguro que porque era imposible que entendiera que yo vivía a golpes de indecisión, que tenía veinte años más que ella pero era desmesuradamente más viejo, porque la nostalgia y el remordimiento podían atacarme y herirme, y porque la idea de la muerte se me había instalado en el cerebro como una pátina tenue. Y eso significaba que no era joven. Y era muy difícil explicárselo a una chica tan joven como ella. Tan imposible como decirle ¿ves este restaurante, Júlia? Pues era mi casa. Aquí, donde estamos sentados, estaban los libros antiguos de un bisabuelo mío que era poeta, Maur Gensana: ¿te suena el nombre? ¿Y sabías que tu querido maître nos ha colocado en la biblioteca de la familia? El rincón mágico era la biblioteca. Y este surtidor incalificable que han puesto en el lugar que ocupaba el media cola de mi tío es sencillamente un insulto a las escasas muestras de buen gusto de mi familia. No, no podía decirle todas esas cosas porque no tenía ganas de morirme de vergüenza. Y tuve que hacer lo primero que se me ocurrió para defenderme de su mirada.

—Un día —dije en tono interesante— me enamoré.

—¡Ah! —Levantó la cabeza con cara de sorpresa.

—Sí. Fue en unos grandes almacenes. Yo iba hacia arriba en la escalera mecánica. Ella bajaba por la otra. Alta, rubia, guapísima. Irradiaba belleza, ¿entiendes?



—¡Psé...!

—Nos miramos. Me traspasó con la mirada y la pude resistir. Hasta que pasamos uno al lado del otro.

—Y después ¿qué?

—Nos volvimos; los dos. Su perfume me conmocionó. Y ella volvió a traspasarme con la mirada.

—¿Quién era? ¿La conozco?

Cogí un trocito de pan. Me pareció que ponía ojos soñadores.

—No volví a verla nunca más. Fue un amor fugaz.

—¿Por qué me lo cuentas, Miquel?

¿Por qué? Porque estaba negro. Porque iba a cenar con una chica a la que quería un poco y que, por lo visto, se divertía jugando al escondite con más de uno, y con la que nunca había intentado sostener una conversación personal, confidencial. No: era impensable que terminásemos en la cama. Le conté esa historia de amor para entrenarme, porque soy muy tímido, porque acabábamos de enterrar a Bolós y el surtidor plantado en medio de la biblioteca era absurdo y ocupaba el sitio en el que recordaba que, antes de que lo encerraran, tío Maurici se pasaba muchas y larguísimas horas de las lentas tardes hojeando libros, hurgando entre los documentos de la familia, acariciando los santos de los libros que los tenían, tocando a Mompou o a Bach. O haciendo figuritas de papel. Porque estaba nervioso porque iba a cenar, desconocido e incógnito, en mi propia casa, que había sido la casa solariega de los Gensana durante siete generaciones, en la que habían vivido y muerto los abuelos Ton y Maur y todas las bisabuelas, en la que había nacido mi padre, en la que nací y crecí yo; la casa que había sido testigo de mis dos huidas... Porque me encontraba entre las paredes que habían formado parte de mi vida más íntima y personal y eran mis recuerdos.

—Júlia, ¿te gusta este sitio?

—Sí, mucho. —Ya estaba más tranquila—. Me parece delicioso.

Es decir, mi casa era deliciosa. Doscientos años de vida de mi familia, desde Antoni Gensana i Pujades, el fundador oficial de la estirpe según el árbol genealógico, Antoni I Gensana, el Primate, hasta mí, desde finales del siglo XVIII hasta finales del XX, siete generaciones de Gensana, que habían enriquecido la mansión y la historia y habían dado solera a esas paredes, merecían, después de tantos esfuerzos, la calificación de delicioso. Memorable.

—Sí, a mí también me parece delicioso. ¿Sabes si era una casa particular?

—No creo... ¿No ves que es imposible vivir en una casa así?

—¡Ah!

—¡Sí, hombre! Si no se te caen encima los fantasmas, se te caen las paredes. Y seguro que hacía un frío horrible.

En eso tenía razón. Y añadió:

—En resumen, que si vivía alguien, sería gente rarísima y decadente o algo así.

En eso también tenía razón. La dejé seguir con su declaración de principios.

—¿Sabes una cosa? Conozco a los dueños.

—¿Ah, sí? —Me puse en guardia—. ¿Qué dueños?

—Los del restaurante. Maite Segarra, que está casada... Es decir, que estaba casada con Manolo Setén.

—Ni idea.

—Sí, hombre, el decorador. No me digas que no...

Encendí un cigarrillo mientras pensaba en esas personas. Júlia se abalanzó como una urraca sobre el mechero de Isaac Stern.

—¡Qué bonito!

—Es antiguo.

—Pero es muy bonito. ¿De dónde lo has sacado?

—¡Ah! ¡Te refieres a Setén el decorador!

—¿Ves como lo conoces? —empecinada en el tema.

—¿Y por qué se le ha ocurrido meterse en cocina?

—Se aburriría. Y seguro que gana pasta gansa. ¡Uf!

Me aseguré de que Júlia dejaba el mechero al lado del paquete.

—Pues, de momento, esto está muy vacío —dije, por decir algo.

—Es que hemos venido pronto. Si quieres, después te presento a Maite.

Me fijé en cómo masticaba Júlia un trocito de pan. Esos dientecillos blancos que más de una vez habría querido besar. ¿Por qué era imposible esa clase de milagro en la vida?

Hacía tiempo que sabía que todos los milagros son imposibles. Había llegado a varias conclusiones, siempre provisionales, sobre la vida y la muerte. Por ejemplo, que lo que diferencia a los hombres de los animales es el deseo de eternidad, la batalla ancestral de la humanidad por alcanzar la imposible eternidad. Por métodos diversos: desde fijar una figura en un cuadro hasta el invento un poco más sofisticado de las religiones, pasando por la obsesión con la perpetuación de la especie y de la propia obra. En mi opinión, a lo largo de la historia hemos recurrido a tres sistemas de eternización: tener hijos, el más común; la religión, el mejor considerado; el arte, el más sutil. Pero ¿qué pasa cuando se es agnóstico y estéril, como yo? Seguramente por eso me interesa tanto la música que componen unos e interpretan otros; la poesía que escribe un desconocido pero que consigue emocionarme; la pintura que soy incapaz de imitar ni de intentar. Quizá por eso lloro cuando oigo a Mendelssohn, y me voy de cabeza a que una mujer me enjuge las lágrimas. Y cuando lo que oigo es a mi Alban Berg, no hay nada en el mundo que pueda detener el dolor que siento. Y muy pocos lo entienden. La pena más grande que tengo es no ser músico, ni pintor ni poeta, sino un simple y dos veces maldito diletante, muy sensible, sí, pero incapaz de crear. De pequeño nunca fui buen estudiante; Ramon, mi primo segundo, me pasaba las notas, siempre brillantes, por los morros, y a los vein-

ticuatro años ya era ingeniero textil y hacía dos que ayudaba a mi padre a hundir la fábrica. En cambio yo estudié ciencias, pasé Preu con un aprobado pelado, me cambié a letras y no me entusiasmé con los paradigmas verbales ni con las plantas basilicales, sino con todo lo que oliera a asamblea, Mayo del sesenta y ocho y muchas cosas más, y dejé la carrera a medias porque la revolución era más urgente, y Berta, muy guapa. Y cuando terminó la guerra y Franco se murió en la cama volví a enamorarme. El matrimonio con Gemma duró dos años, dos meses, veintinueve días y trece horas. Cuando volvía a casa con mi madre, silenciosa y triste, y me pregunté si tenía que empezar algo de nuevo y qué era ese algo, reparé en que tenía veintisiete años y ya no me hablaba con mi padre. Juan Crisóstomo Arriaga murió a los veinte años. Sentí el peso aplastante de los años y la falta de entusiasmo. En vez de comprarme un pasaje para ir a contraer fiebres extrañas a la India, en vez de empezar una carrera de locos por la entropierna de las amistades bien dispuestas, me limité a adquirir un abono fijo en el Palau de la Música y a dejar que vivieran los demás, a ver si se daban más maña. Quinta fila de platea, muy bien centrada. Y me puse a estudiar en serio y a leer más aún y a enamorarme de la belleza. Ahora, muchos años después, hay quien me considera sabio. Da risa, pero es verdad.

—¿Qué quieres que te cuente de Bolós?

—Cosas. Cosas personales, de cuando era joven.

—No lo conocías, ¿verdad?

—Pues claro que sí. Me lo presentaste tú. —Miró hacia un lado, como si no quisiera que la oyera nadie más; luego me miró fijamente y añadió—: ¿Qué se siente cuando se muere un amigo tan amigo?

—¿Cómo sabes que éramos tan amigos?

—¿Qué se siente?

—¿No lo sabes? —La miré de reojo y me pareció muy joven—. No se te ha muerto ninguno.

—No, porque no tengo amigos.

—¡Anda!

—En serio. Sólo tengo colegas muy colegas. —Y en voz baja—: O amantes. ¿Qué se siente?

Tuve que pensarlo mucho. Demasiado. No respondí mirándola a los ojos, porque veía también a Teresa.

—Nada, Júlia. Sólo se llora.